

Bastante más que epidermis

Tomás Escudero Escorza
Catedrático de Métodos de Investigación
Y Diagnóstico en Educación
Universidad de Zaragoza

Me piden los editores de la Revista de la RED-U que comente brevemente el anterior artículo del profesor Vallverdú, titulado “Buenos profesores *versus* profesores bien valorados. El tribunal de las encuestas en la Universidad”. Aunque no me ilusiona la tarea, lo hago por amistad con quien me lo solicita.

No me ilusiona la tarea porque:

- Supone entrar en un debate manido, repetido hasta la saciedad, que no vamos a enriquecer con estas reflexiones.
- Los comentarios del profesor Vallverdú se mueven en un tono epidérmico del que, aunque me cueste, por responsabilidad profesional debo huir.
- Tengo muy claro que, diga lo que diga, no va a servir nada para cambiar un ápice las posiciones del profesor Vallverdú y las de los que piensan de forma parecida. Parece ser que en esto, como en el aprendizaje de conceptos científicos, las *preconcepciones* están algo así como talladas en piedra.

En mi opinión, la primera parte del artículo de referencia, algo menos de la primera mitad, ofrecen un conjunto de reflexiones sobre la evaluación y la utilización de encuestas a los estudiante, que pueden ser discutibles en ocasiones, pero que, globalmente, describen un panorama cercano al que dibujan los especialistas en evaluación más críticos con este tipo de procedimientos. Sin embargo, la segunda parte del artículo, a mi entender, no es mucho más que un conglomerado de sentimientos sobre muchas más cosas que la evaluación por encuestas, expresados con el apoyo de unas cuanta citas, fundamentalmente periodísticas, a partir del que se plantean hipótesis y se establecen tesis que, con el máximo nivel de prudencia científica, hemos de catalogar de temerarias.

Sorprende que todo el discurso se fundamente, con cierta gracia eso sí, en unas pocas referencias, en su mayoría periodísticas y, las más de las veces, centradas en otros temas que el discutido en el artículo, cuando lo tratado ha originado en los últimos treinta años miles, digo bien, miles de trabajos aparecidos en revistas y publicaciones científicas especializadas, con todo tipo de posiciones al respecto, fundamentación, resultados empíricos, análisis comparados, análisis métricos, formas de utilización, estudios de consecuencias, etc. etc. Sin duda, uno de los temas más investigados y estudiados en educación en las últimas décadas.

No entro a comentar el hilo argumental del artículo, pero tengo que dejar constancia de cierto disgusto por la utilización, a mi entender descontextualizada y poco rigurosa, que se hace de una frase del profesor Sava-ter, que refleja un conocido planteamiento suyo en relación a temas de más trascendencia que el que nos atañe. Además, en este caso el argumento es contraindicado pues, de la inmensa mayoría de aspectos que se tratan en las buenas encuestas, la opinión de los estudiantes es la más calificada y, en no pocos casos, la única calificada. Acaso existe alguna otra fuente para informarnos si entienden al profesor, si les estimula para el estudio, si les atiende suficientemente en las tutorías, si el ambiente en la clase es colaborativo, si la metodología empleada es facilitadora del trabajo,....

Si entendemos que hacer bien estas cosas es un indicador de calidad docente, no hay más remedio que hablar con los estudiantes y, con todas sus limitaciones y riesgos, la mejor forma de hacerlo de manera sistemática es con cuestionarios. Lo que no puedo imaginarme es a un evaluador sensato pidiéndoles a los “parvulitos” del artículo, su opinión sobre “cuestiones matemáticas”. Si que me lo imagino preguntándoles si les

gusta la aritmética, si entienden al profesor y si les anima y ayuda a estudiar. No olvidemos que el estudiante no es un cliente al uso mercantil convencional, como parece definirse en el artículo, pues se trata de un agente implicado y corresponsable del desarrollo y éxito del proceso.

Lo que en mi opinión es más criticable del artículo y lo que, sin duda, más me ha forzado a comentarlo, es lo que a la postre es la tesis central que se desprende del artículo en su conjunto, esto es, la idea de que a las buenas valoraciones en los cuestionarios se llega a través de la frivolidad y permisividad docente, de la falta de exigencia, de trivializar las disciplinas, de aprobados generales y de sonrisas y de todo tipo de artimañas, morales e inmorales, didácticas y evaluadoras para caer bien a los estudiantes. En otras palabras, se nos viene a decir que las encuestas premian a los malos profesores y a las asignaturas facilonas, que ello tiene un efecto en cascada y que, por lo tanto, son causa importante del sistemático y profundo deterioro que tiene lugar desde hace años en la enseñanza universitaria española.

Hay que decir con firmeza que la asociaciones sistemáticas de falta de exigencia y rigor, y de popularidad, simpatía y diversión, con altas valoraciones globales de la docencia y de los profesores, nunca han sido avaladas por las investigaciones empíricas. Los resultados contradicen dichas hipótesis. Remito al lector a las sucesivas revisiones meta-analíticas, basadas en cientos de estudios empíricos, que sucesivamente han ido apareciendo (Escudero, 2000).

Probablemente, el argumento teórico más poderoso para entender la falsedad de tales hipótesis es algo que los especialistas más críticos con determinados usos de las encuestas a estudiantes consideran como una de sus principales debilidades. Me refiero al hecho confirmado de que la evaluación de los estudiantes de la docencia y de la actuación de los profesores es siempre multidimensional y no un juicio compacto que diagnostique la calidad de manera global. En este contexto, los estudiantes separan perfectamente sus valoraciones por dimensiones y la simpatía, por ejemplo, no com-

pensa la falta de orden en las explicaciones o la no atención en las tutorías. Al profesor simpático y desordenado y que explica mal, le dicen que es simpático y que es desordenado y que explica mal y al que es exigente y explica muy bien, le dicen que es exigente y que explica muy bien

Mi impresión personal, esto es sólo una impresión, es que los profesores universitarios cuando no somos bien valorados o tenemos algún desencuentro con nuestros estudiantes, enseguida echamos mano de valores académicos tradicionales como la exigencia, el rigor, la seriedad, el no casarse con nadie, como causa inmediata y única de nuestros problemas. A menudo, no seguimos indagando en otros motivos posibles, seguramente los verdaderos causantes del conflicto, porque, los estudiantes, en su inmensa mayoría, aprecian en gran medida esos aludidos valores académicos tradicionales, pero también saben distinguir entre la exigencia razonable y la disímil, entre el rigor y la inflexibilidad, sin criterios claros y explícitos, entre la seriedad y la sequedad y la falta de atención y entre el no casarse con nadie y el trato distante y displicente y, en definitiva, poco colaborativo. Por supuesto, tampoco reaccionan bien ante la soberbia disfrazada de excelencia.

También conviene dejar en claro que calidad como profesor y simpatía no son conceptos incompatibles, sino todo lo contrario. Los grandes docentes, aunque sean muy exigentes, suelen ser agradables y “simpáticos” con sus alumnos, entre otras cosas, porque disfrutan con el ejercicio de la docencia y, esto, los estudiantes lo perciben claramente y lo valoran.

La aplicación de cuestionarios a los estudiantes, como se dice en el artículo, es uno de los posibles procedimientos para evaluar la docencia y la actuación de los profesores. Existen otros y todos los especialistas apoyan la utilización complementaria de unos y otros, pues todos aportan algo y todos tienen sus limitaciones y sus riesgos. También es cierto que todos los procedimientos deben utilizarse con el adecuado control técnico y con la orientación más adecuada y, a veces, nos encontramos con excepciones de utilizaciones poco rigurosas que deben evitarse. Pero, dentro de este marco de obliga-

da sensatez evaluadora y prudencia científica, hay que dejar en claro que, para los especialistas en evaluación, las encuestas a los estudiantes son el mejor procedimiento de evaluación diagnóstica de lo que sucede en las aulas, de los ambientes de aprendizaje, del desarrollo didáctico y de la actuación de los profesores y, además, una valiosa fuente de sugerencias para el profesor para mejorar la docencia.

La afirmación anterior viene avalada en primer lugar por la literatura científica. Se trata del procedimiento de evaluación de la docencia más estudiado y más fundamentado desde todas las perspectivas científicas y de su utilización. Se conocen muy bien casi todos sus defectos y virtudes. Quizás por ello, es el procedimiento más utilizado en las universidades. La inmensa mayoría de las instituciones de educación superior del mundo y, desde luego, la práctica totalidad de las más reputadas, utilizan de una u otra forma cuestionarios a los estudiantes para evaluar y mejorar su docencia. Además, en conjunto, es el procedimiento más aceptado y mejor valorado por los propios profesores. En la misma Universidad del profesor Vallverdú se hizo un estudio que apoyaba estos resultados en la década pasada. Por estos motivos, hay que reconocer que el análisis comparado resulta demoledor para los hiper críticos con el procedimiento.

Contrariamente a lo insinuado en el artículo comentado, yo no creo que el mayor problema de las encuestas en España sea su utilización perversa, que puedo aceptar que haya podido suceder en casos aislados, el mayor problema es que no están teniendo consecuencias en la mejora de la docencia, porque se recoge la voz de los estudiantes, pero no se escucha, se rellenan las encuestas, pero no se analiza lo que dicen. A lo sumo, se sacan unos promedios para conocimiento reservado y archivo. ¿Cuántos departamentos de la universidad española se reúnen para estudiar y debatir en profundidad lo que sus estudiantes dicen de su docencia? El mayor problema de las encuestas es su no utilización.

Se me acaba el espacio que me han dado para estas reflexiones y no quiero terminar sin hacer referencia a hechos que suceden en nuestra universidad relacionados con la

evaluación, en mi opinión más graves y peligrosos que lo que hemos estado comentando, pero que levantan una alarma socio-académica mucho menor.

Tengo conocimiento de un colega que, en mi opinión, es un mal profesor. Esto tiene poca importancia, pero la tiene más que piensan lo mismo sus alumnos y sus propios compañeros más directos. En definitiva, la práctica totalidad de la comunidad docente-discente piensa que es un mal profesor. Solamente sabemos que pensaron lo contrario, al menos, tres catedráticos de su área de conocimiento que lo seleccionaron para catedrático hace ya bastantes años. Este colega, en su condición de catedrático, habrá participado en la selección de no menos de medio centenar de “buenos profesores” permanentes para las universidades españolas.

También tengo conocimiento de otro colega, que me parece un buen investigador, aunque tengo dudas de su moralidad, que cuando revisa artículos o proyectos de investigación, suele ser mucho más indulgente con aquellos alineados con sus tesis científicas y, sobre todo, con aquellos que citan y se apoyan en sus trabajos.

A pesar de problemas como los citados, yo sigo defendiendo a las comisiones de expertos como un procedimiento valioso para la selección de personal y a la revisión por pares para la evaluación de la investigación, y sinceramente, no creo tener motivos suficientemente sólidos para escribir sendos artículos que podrían titularse: “Profesores selectos *versus* profesores seleccionados” y “Citas de calidad *versus* calidad por las citas”

Por suerte, estos dos ejemplos no son lo habitual en nuestras universidades, pero existen, porque los procedimientos de evaluación utilizados no son perfectos y tienen esos riesgos, como los tiene el procedimiento de las encuestas a los estudiantes, aunque tampoco sean habituales los males que el artículo comentado les achaca. En todo caso y por razones apuntadas, todos estos tipos de procedimientos de evaluación deben utilizarse con la debida prudencia y el debido control y complementarse unos con otros siempre que sea posible. Por este camino podrían terminarse este tipo de po-

lémicas, pero..., no lo creo. Sólo me queda sugerir al profesor Vallverdú que analice en profundidad durante tres años seguidos, por ejemplo, las valoraciones de las encuestas de todos los profesores de su departamento,

a ver si los profesores bien valorados lo son por su frivolidad. No tengo ninguna duda que lo allí encontrado, será el argumento más convincente en apoyo de mis reflexiones.

REFERENCIAS

ESCUADERO, T., 2000, La voz de los estudiantes: un delicado instrumento de evaluación, *Cuadernos IRC*, 5, 31-38.